

Sentido Amoroso y Teologal del "Santos Vega"

(CONTINUACION DEL NUMERO ANTERIOR)

de
FERNAN SILVA VALDES

por
JOSE A. AGUERRE

IV

Veamos ahora el segundo de los puntos de nuestro cuestionario: *cómo dice el autor lo que tenía que decir*. Y aquí conviene enunciar algo sobre formas poéticas. El poeta, sea en prosa sea en verso, dice las cosas (aun a pesar de él, como expresa Platón). Con una finalidad: llegar a su público. Si no, más vale que no escriba y se dedique a la meditación o a la contemplación de sus ideas o de sus cuartillas, no dadas a la imprenta. *Pero la verdadera dimensión del poeta es llegar al teatro*. El teatro es la expresión final del poeta, y a través de los siglos, su verdadera y única manifestación. Los grandes cantares heroicos, los poemas homéricos, los cantares de la gesta y en general toda gran manifestación artística sólo se encontraban en su verdadera faz en la forma de representación escénica. En épocas en que el saber leer era privilegio de contadas personas, lo popular era la lectura pública o la representación. Los primitivos poemas homéricos fueron hechos para ser leídos en público, verdadera forma de representación, y casi el teatro de Esquilo no es más que una lectura o recitado inmóvil que luego en Sófocles y Eurípides va haciéndose más flexible y móvil y multiplicándose en personajes y acción. Pero los cantares de gesta vuelven a ser meras representaciones recitadas para quienes no sabían o no podían leerlos adquiriendo mucha más fuerza en esa trasmisión por la palabra ante auditorios vibrantes, sea en los castillos de los señores, sea en los patios de los mesones o simplemente bajo los árboles del campo.

Por eso naturalmente el poeta pasa a la manifestación teatral sin dejar de ser poeta, antes bien en un devenir, en una evolución natural hacia la perfección de su expresividad, que así es capaz de llegar a los más al agregarse la sugestión mágica del escenario, del color, del gesto y de la modulación de la voz, que por más imaginación que se tenga, la simple lectura es incapaz de dar.

No hay duda de que sólo en el teatro y en la forma teatral, "Santos Vega" adquiere, como por derecho propio, su quicio o particular modalidad. No nos imaginamos sino en el juego escénico toda la trayectoria del payador, que pasa de personaje humano a mito, en los seis cuadros y tres actos que dura su representa-

ción. Y tan bien se halla en esta forma que la frescura del "misterio" es capaz de sostener variantes que van desde el escenario del teatro urbano hasta la escena campestre al aire libre donde ha sido representada con más propiedad por ser su verdadero lugar y admitir así el cortejo de bailes y cantos de la época. Otras formas tales como el teatro circular y aun el cine en colores, darían ocasión de lucimiento a esta pieza que se encontraría cómoda en todas estas formas por ser adaptables y llegar con este lenguaje al público que es capaz de captar su mensaje: un aspecto verídico y auténtico de nuestra gloria vernácula, a través de uno de sus prototipos, y al mismo tiempo un valor universal en el que nos reconocemos.

Quedamos entonces en que el poeta dice y dice bien en esta forma teatral, adecuada como pocas para llegar hasta el público al cual está destinada. Descontemos y supongamos que quienes estén encargados de representar —director y actores, escenógrafos y ayudantes y hasta la música de circunstancias— estén a la altura de su misión y sepan dar a esta trasmisión el tono adecuado para que la sintonía entre autor y su pública sea perfecta.

V

Porque en tercer lugar debemos considerar *si ese mensaje llega al público*. Si bien transmitido está —y hasta ahora lo ha sido satisfactoriamente—, debemos averiguar si el público lo ha comprendido. No basta un triunfo de crítica, sino también el triunfo que se basa en la repetición de sus representaciones y en la calidez del aplauso. No es nuestro público, por su número o por su entusiasmo y su cultura, público capaz de sostener un año seguido de representaciones, como en un público de las grandes capitales europeas o norteamericanas, y aun la vecina Buenos Aires o Río de Janeiro. Nuestros más grandes éxitos teatrales no pasan de dos o tres meses cuando el teatro es chico. Pero sería buen indicio si se cumpliera.

Puede llenarse un teatro de público entusiasta, y al preguntarse la causa, saber que la obra ha triunfado, no por tal, sino por el brillo o la simpatía del actor o actores encargados de transmitirla. Y el verdadero mensaje ha quedado entre bastidores. En cambio, el mensaje ha llegado al público capaz de comprenderlo cuando al aplauso y la perdurancia se agrega una crítica concorde con ese éxito, lo que en nuestro país todavía no existe, por lo menos a mi entender. Y aquí vamos entrando en aquello de "crítica de críticas" y al mismo tiempo respondiendo a la cuarta cuestión: *si el público es el adecuado*, inseparable de lo que estamos considerando.

Para saber si el mensaje llega al público y si éste es el adecuado, no está madura aún la respuesta. Falta que se dé en otros ambientes, como el argentino, similar al nuestro, para entenderlo y comprenderlo. Y también y sobre todo, la consagración de otros ambientes de habla hispánica y, ¿por qué no?, de otra parla, ya que si es incapaz de "jinetear" una traducción, su consagración será definitiva al dar la medida de su lenguaje y mensaje universales.

Pero mientras tanto, debemos contentarnos con saber si ha llegado ya al nuestro, y en ese caso, cuál de nuestros públicos —ya que hay varios— ha sido el que lo ha captado mejor. Tengo para mí que sólo dos clases de público pueden captar este Santos Vega, en la forma y expresión que el autor ha querido darle. Uno es el verdaderamente culto (no el aparentemente culto o el que más gala hace de ello) y otro el auténticamente popular. Y ahí ha sido verdaderamente el éxito de la obra de Silva Valdés. Porque les llega a ambos en lo que ambos son capaces de comprender. El segundo entiende, como el mismo protagonista, lo que

es telúrico y lo que le llega al alma: el canto, el mito, la brujería, el diablo, el amor de Flor del Pago "de copete a copete" o el de Iracema, vulgar y silvestre, las contrafiguras de Don Pedrito, el señorito rural, las tías hispanizantes, el pulpero, la jugada de taba o de cartas, los dicharachos y hasta el duelo mano a mano. El primero es capaz de calar más hondo, y averiguar lo fáustico del drama, aceptar la hondura del personaje, las finezas de sus reacciones, el forcejeo eterno entre lo divino y lo humano, el sentido de un amor que no es sexo y el del que lo es; la nobleza del criollo en un amplio sentido del sin-doble, y el tono general que lo universaliza y lo trae desde el fondo de los siglos hasta el mismo mito.

Fuera de estos dos públicos, y dejando de lado el que se dice culto para no ser más que un remedo de él (y que generalmente aparece como el verdaderamente tal), hay otra gran cantidad de personas que constituyen un público, o mejor, otros públicos, que reaccionarán o han reaccionado de distinto modo. Desgraciadamente entre nosotros constituyen la gran mayoría, y él es público burgués o aburguesado que no ve en el teatro más que un pasatiempo o un pretexto "para hacer la digestión" como se dice del teatro "boulevardier".

Pero no nos asustemos porque eso es fenómeno universal: el escritor se ha adelantado a su época o a su medio, y como Proust o como Claudel, deben esperar su decenio.

Puede por el momento "Santos Vega", de Fernán Silva Valdés, "misterio del medioevo platense", como un importante jalón cultural, ser capaz de elevar al público al plano meditativo y estético, o mejor al primero por el segundo. Trata de cosas trascendentes y humanas, de cosas bellas y sentidas, de cosas comprensibles y al mismo tiempo profundas, con lenguaje claro que sabe llegar al corazón popular.

No es poca la pretensión ni cabe preguntarse si lo logrado es definitivo. Porque va siéndolo y aún tiene una larga trayectoria. Tal vez es sólo un comienzo que espera el espaldarazo consagratorio de otros públicos más maduros y cultos. Que se anime el autor a continuar en esta vía con nuestros deseos, aunque habría que preguntarse qué podría seguirse de esta expresión nativista en el plano de los prototipos humanos y de los mitos rioplatenses. En los "Hombres verdes", aún no dado a publicidad, hay algo de esto, pero la figura de Santos Vega está más de acuerdo con lo que es y es capaz de dar Silva Valdés, por sentirlo mejor y por la originalidad de su simplicidad transportada al plano superior. Lo que la hace comprensible al público auténticamente popular y al mismo tiempo al auténticamente culto.

Mucho puede esperarse del teatro nacional si obras como ésta se repiten; pero mucho más si como "Santos Vega" tienen mensaje, si está bien expresado, si llega al público y si éste es capaz de entenderlo, superándose en su cultura y educándose en un terreno para el cual, el teatro y la forma teatral saben hablarle directamente, como medio de esparcimiento y de elevación, desiderátum no siempre alcanzado hasta ahora.